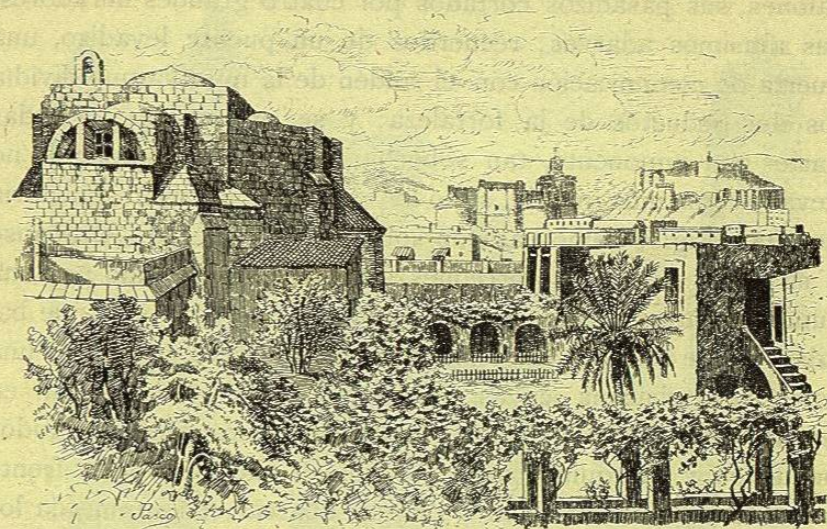


en sus paseos no se oye de ordinario más que el susurro de los árboles. La industria no levanta allí la voz sino al pié de las olas del mar, donde se funde y se trabaja el plomo; el comercio está en espantoso abatimiento, la agricultura parece por carecer de aguas que fecunden la espaciosa vega. El árbol que más abunda en la ciudad y sus alrededores es la oriental palmera, esa planta importada por los árabes que crece en los secos arenales del desierto.

Está sentada también Almería á la orilla del mar, en un valle que formaban poco há dos cerros coronados por una alcazaba y un castillo. Ceñíanla poco há también altos muros que bajaban de las contiguas fortalezas y se extendieron probablemente en otro tiempo hasta otra peña que reflejan las aguas del Mediterráneo; pero sin contener en su recinto más que las casas de la ciudad vieja, dividida del populoso barrio de las Huertas por los mismos muros y un paseo que llaman la Alameda. Descuellan sobre las bajas azoteas del casco de la ciudad los templos de Santo Domingo, San Pedro y Santiago; levanta sobre todos la frente una orgullosa catedral cuyas paredes cortadas por almenas y torreones recuerdan aún los monasterios feudales de los siglos medios; y el viajero cree distinguir aún en el conjunto la sombra de esas antiguas sociedades en que hasta la iglesia era belicosa y los pueblos tenían siempre sobre sí la espada de su señor y la cuchilla del verdugo. Todo presenta cierto carácter sombrío y melancólico en esa ciudad antigua; hasta las mismas vertientes de sus cerros cubiertas de espinosos nopales. Extiéndese por ellas el barrio de San Cristóbal, y están todas sus viviendas tan aisladas, que en él más que en ningún otro punto se siente pesar sobre ese pueblo lo pasado. Presenta aún la ciudad en su parte material el risueño aspecto de casi todas nuestras poblaciones marítimas, limpias, de aseadas calles, de risueñas casas, de plazas circuídas de pórticos y animadas por vistosos jardines; pero no suple con esto la vida y la animación de Málaga, de la que se distingue hasta en el habla y

el traje de sus moradores, vestidos de anchos zaragüelles y chalecos de seda labrados, como los que se usa en los reinos de Murcia y de Valencia.

Tiene en cambio Almería interesantes monumentos. Está

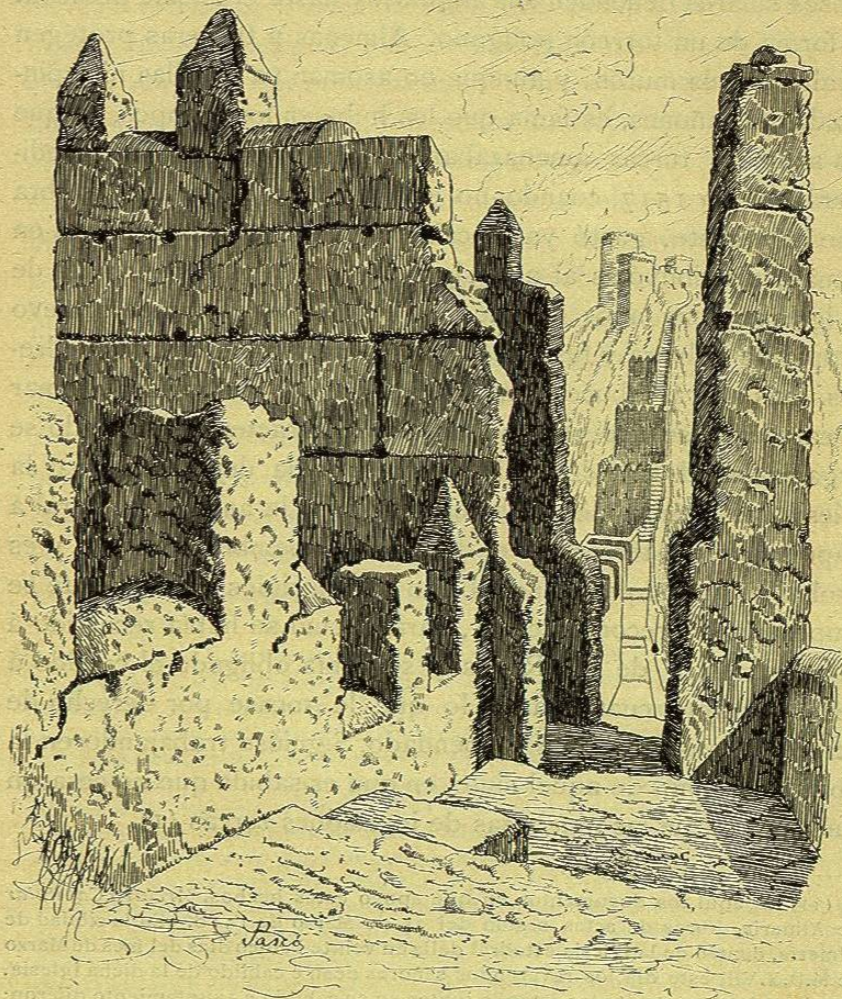


ANTIGUA VISTA DE ALMERÍA

aún en pié su catedral: quedan aún restos de sus orgullosas y formidables fortalezas, que corrían del mar al monte, del monte al valle, del valle á la cumbre de otro cerro y del cerro á la ciudad, que oprimían con una larga cadena de torreones. Ocupó su Alcazaba la cúspide de un monte sembrado de ruinas y cubierto de nopales en cuya falda había torres medio caídas que abrían paso á dos extensas plazas, rodeadas de altos y estrechos muros con almenas. No conservaba la primera de estas plazas, cuando la ví, sino unas bóvedas de ladrillo que cubrieron al parecer la galería de un aljibe y una cisterna profunda cuyos prolongados ecos despertaba la piedra que por acaso hacía rodar en su fondo la planta del viajero; pero excitaba todavía



vivo interés la segunda, sobre que descollaba majestuosamente el torreón del Homenaje, circuido de sólidas murallas, defendido por espantosos abismos y embellecido por dos fachadas góticas entre cuyas severas ojivas campeaba el escudo de armas de Isabel y Fernando. Conservaba este torreón sus bajos y oscuros salones, sus pasadizos cortados por cuatro grandes miradores, sus altísimos adarves, recuerdos de un puente levadizo, una puerta de comunicación con el andén de la muralla que dividía los dos reductos de la fortaleza; y se presentaba por todas partes tan imponente, tan soberbio, que él solo á pesar de no llevar origen más que del siglo xv, parecía condensar la historia de tantos siglos como pasaron sobre el monumento. Alzábanse á su lado otros dos torreones, uno de ellos cerrado por una cúpula á cuyo vértice conducía una serie de escalones que bajaban desde él hasta el vecino adarve, coronado el otro de una estrecha barbacana cuyas trilobadas ojivas descansaban en repisas góticas de bellísimas molduras; pero quedaban todos pequeños y mezquinos ante ese coloso que elevaba su frente sobre toda la fortificación y parecía abarcar con su mirada los más lejanos horizontes. No llamaba después de él la atención sino el vasto lienzo de muralla que desde esta alcazaba descendía al llano y trepaba de roca en roca por la rápida vertiente del cerro en que está el castillo de San Cristóbal. Tenía este muro un declive aterrador, templado por unas angostas escaleras abiertas al través de torres ruinosas que iba agrietando y arruinando la mano de los siglos; y se estremecía involuntariamente el que lo recorría al considerar que por aquellas gradas que recorría uno con pié mal seguro y receloso habían pasado en otras épocas rodando entre cadáveres guerreros vestidos de pesadas armaduras, amenazados aquí por hondos precipicios y allí por las armas enemigas. Era difícil hacerse cargo de tan extensa fortificación: sus cubos y sus torres iban siguiendo la pendiente de los dos cerros, y asombraba la altura de los que partían del fondo de la quebrada. El castillo de San Cristóbal



ALMERÍA. — ANTIGUAS MURALLAS



apenas era más que la continuación de ese muro: se unía con él, bajaba con él por la vertiente opuesta y corría á enlazarse con los de la ciudad, presa entre las dos fortalezas como entre las garras de dos leones.

La catedral es también un castillo. Cuatro torres de grandiosos sillares defienden sus ángulos, y hasta el ábside presenta la forma de un torreón polígono. Almenas y troneras protegen lo alto de sus muros; y aunque no asoman ya en ellas ni espingardas ni cañones, es fama que los hubo en los tiempos, en que las armadas turcas amenazaban sin cesar las costas del Mediterráneo. En 1517, cuando no estaba aún reconstruída la obra que hoy existe, gastó ya el cabildo veinte mil maravedises en armas; distribuyólas al año siguiente entre los beneficiados de la iglesia; hizo años después, edificado ya el templo, nuevo acopio de pólvora y fusiles; compró posteriormente tiros pedreros, más allá arcabuces y mosquetes: ¿cómo no había de tomar la catedral ese aspecto militar que la caracteriza? Cuando se organizaba el cabildo militarmente ¿podía dejar de tomar la iglesia las formas de un baluarte? Cayó la antigua catedral á impulsos de un terremoto el día 22 de Setiembre de 1522; y es probable que, si no en aquel año, á principios del siguiente se empezaría su reconstrucción, para la cual se había recurrido á la munificencia de los Reyes y se había obligado el cabildo á ceder durante cuatro años lo que le tocase por derecho de acrecer al ausentarse un prebendado. Siguióse trabajando en la obra hasta fines de aquel siglo, en que es sabido que no cesaron sino muy tarde las amenazas de invasiones turcas (1).

(1) He aquí los documentos en que apoyo estos hechos. *Archivo Capitular de Almería*, libros de actas, sesión del 25 de Marzo de 1518. «En la cibdad de Almería, dentro de la iglesia catedral della en veinte i cinco dias del mes de Marzo de M.D.X.VIII este dia los reverendos señores dean e cabildo de la dicha iglesia, conviene á saber, etc., todos estando juntos en su cabildo e ayuntamiento dijeron: que por quanto por mandado de su señoría el año pasado de quinientos diez y siete se compraron veinte mil maravedís de armas para que estobiessen en esta iglesia catedral así para la defension della y de sus inmunidades como para la nueva que se insurgió de los turcos e de su armada que tenian hecha para venir

La fachada mayor de esta catedral tiene en sus ángulos dos grandes estribos ó pilares que llevan en sus bases dos ángeles de alto relieve, en sus capiteles dos bellos mascarones y en los remates dos jarros entre los cuales corre un antepecho embellecido por entrelazos árabes. Es de orden corintio. Cuatro columnas estriadas, sostenidas por dos pedestales en cuyo liso figuran dos ángeles al pié de una palmera, llevan sobre sus abacos un hermoso entablamento entre cuyos adornos se distinguen por su delicadeza y frescura las hojas que decoran todo el friso. Están adosadas las columnas á pilastras, y llevan entre ellas dos nichos vacíos, cuyos adornos consisten en la cabeza de un querubín entallada al pié y un busto al parecer romano que se eleva sobre una graciosa concha. Cobija el entablamento la puerta que da paso al interior del templo, puerta cuadrangular rica en molduras sobre la cual corre un frontón que desvirtúa algo el efecto del conjunto.

Carga sobre este primer cuerpo de la fachada otro segundo, bello también y de gallardas proporciones, en que el artista desplegó la misma elegancia y riqueza, deseoso tal vez de evitar el ingrato contraste que presentan las fachadas de su época, tan embellecidas en los cuerpos inferiores como desnudas y frías

en estas partes, é así por estas razones las dichas armas se compraron y estan en la librería de esta iglesia, é que agora porque las dichas armas no se tratan é se devrian é se podrian perder é dañar, por tanto que acordaban y acordaron que las dichas armas se repartan entre los beneficiados de la dicha iglesia, etc...» Sesión del 24 de Octubre de 1522. «Que por quanto esta cibdad é iglesia plugo á Nuestro Sr. de la asolar de un gran terremoto que le vino á 22 del mes de Septiembre pasado de este año de mil quinientos é veinte é dos años que para remediar la iglesia della y reedificarla de nuevo hay necesidad que vaya una persona del cabildo á la corte para procurar con su magestad que la mande reedificar porque sus rentas no son bastantes para ello, y para que si su magestad no curava de la reedificar, con su licencia y consentimiento viendo la destruccion de muros desta cibdad que nos podamos trasladar á otra cibdad ó villa ó lugar de este obispado donde á su magestad pareciere.» Sesión del 1.º de Octubre de 1526. Por ella consta la cesión hecha en 1522 por el cabildo. Sesión del 12 de Mayo de 1580. «Que se diga al racionero Paredes, mayordomo que fué de la fábrica, dé cuenta de las armas y pólvora que estaban en la iglesia y que las vean los SS. Diputados.» Sesión del 29 de Octubre de 1636. «Que se compren cincuenta arcabuces y veinte mosquetes, y que se pidan cuatro tiros pedreros que esta iglesia necesita para su defensa y se traigan y siempre esten en dicha iglesia.»



en los superiores. Decoró el autor este segundo cuerpo con un grande escudo imperial en el centro, dos guirnaldas en los lados de las que se destacan las figuras de San Pedro y San Pablo, y un nicho en que se ve la Virgen debajo del entablamento. Conocía y sentía el autor de esta fachada, lindísima á pesar de sus defectos: está bien proporcionada, tiene buen ornato y es en general bella y de buen efecto.

El interior de la catedral pertenece al estilo gótico de la decadencia. Divídenlo en tres naves diez y seis haces de columnas sobre cuyos capiteles, casi corintios, cargan los numerosos nervios de las ojivas en que descansan las bóvedas. Tiene en medio el coro, en la extremidad el presbiterio, en la nave lateral derecha y el ábside capillas profundas cuyas cimbras concéntricas están sostenidas por ligeras columnas coronadas de follaje. Campea entre las capillas de la nave una sencilla fachada donde el arco semicircular en degradación despliega sus bellas curvas entre dos agujas de crestería; y entre las del ábside una muy espaciosa y clara, en medio de la cual yace en rico sepulcro de mármol fray Diego de Villala, prelado que no perdonó sacrificio por levantar el templo en que se guarda con sagrado respeto sus cenizas. No es mucha la belleza que este interior respira; mas aun sus mismos defectos, hijos como son de una época que apenas comprendía ya el estilo con que se proponía desarrollar sus pensamientos, llaman la atención del artista. Son complicadísimas las claves de las bóvedas, están bastardeados los capiteles de las columnas, producen pésimo efecto las capillas laterales, ya por no guardar armonía con el resto del templo, ya por no ocupar sino una de las naves; pero no por esto mira uno con repugnancia ni indiferencia esos detalles, entre los cuales es principalmente digna de atención la sillería del coro, trabajada con delicadeza y gusto desde el año 1558 al 60 por el tallista Juan de Orea (1).

(1) Sobre esta sillería del coro hemos hallado en los mismos libros capitulares los siguientes documentos: Sesión del 26 de Marzo de 1558. «Este dieho dia

Por malo que parezca este templo al que lo vea sin observar que vienen á estar simbolizados en él los diversos principios arquitectónicos que al empezar el siglo xvi entraron en lucha, no dejará de ser mirado por él con cierto amor si lo visita después de haber recorrido los de Santo Domingo y Santiago y aun el de San Pedro, que no refleja su antigüedad sino en sus ennegrecidos paredones. Las iglesias de Almería son hijas más bien de la necesidad que del arte. Sólidas, pero frías y desnudas de todo adorno, sólo imponen por su sencillez; ni enardecen la imaginación del pintor, ni llenan de entusiasmo el corazón del poeta. Almería es, propiamente hablando, una ciudad en que murió el arte con los árabes: el viajero que desee buscar en ella algo que le halague, en lugar de introducirse en sus templos, sus plazas y sus calles, debe buscar las perspectivas que presenta, examinarla en conjunto desde sus mejores puntos de vista y verla desde el andén de sus viejos muros que á cada paso desarrollarán ante sus ojos panoramas llenos de vida y de hermosura.

Morían los últimos rayos del sol en Occidente, cuando recorriendo esas murallas ante las cuales combatieron tantos héroes de Aragón y de Castilla, tendía las miradas sobre la campiña y creí percibir aún á lo lejos alguno de los ejércitos que vinieron á sentar en ella sus vastos campamentos. Volví los ojos á la ciudad: un cenador cuyo techo de hojas y flores descansaba sobre rústicos pilares se extendía deliciosamente bajo mis plantas; un patio al que daba sombra una palmera corría más allá del estanque hasta el pié de una baja galería cubierta de

se dió otro libramiento para que el Sr. canónigo Zamora pague á Juan de Orea seis ducados, los quales son por la jornada que hizo en ir á comprar el nogal para las sillas del coro de esta iglesia.» Sesión del 17 de Junio de 1558. «Este dia se dió un libramiento del obispo y cabildo para que el Sr. canónigo Zamora, mayordomo de la fábrica desta iglesia, pague quarenta ducados á Juan de Orea para principio de paga de las sillas que empiece á hacer para el coro desta iglesia con dos sillas para muestra.» Sesión del 26 de Abril de 1560. «Librese á Juan de Orea el tercio postrero de la obligación de las sillas, y mas doscientos quince ducados por la silla episcopal y demasías.»



verdura; levantábase á mi izquierda la severa mole de San Pedro, cuyos altos techos apenas dejan entrever su cúpula, á mi derecha la Alcazaba con sus desmoronados torreones y plazas solitarias, en el centro la catedral, cuya torre cuadrada parecía haber recogido los últimos reflejos de la luz del día, en el fondo elevados cerros, cuyas azuladas vertientes estaban medio envueltas en las primeras sombras de la noche. Bañóme el alma dulce melancolía, y no pude dejar sin dolor una ciudad que en su abatimiento presenta aún cuadros poéticos y respira cierto aire oriental que permite recordar el tiempo en que fué autónoma y buscaron asilo á la sombra de su trono los poetas y los sabios que acababan de abandonar los ensangrentados muros de la ciudad de Córdoba.

Al salir de Almería poco queda ya por recorrer del reino de Granada. Cayeron con ella en poder de los cristianos los pueblos sentados desde sus costas á las de Málaga; cayeron esas temidas Alpujarras que un siglo después se levantaron contra Felipe II, y llamaron la atención de Europa; mas ¿qué puede buscarse ya en todas estas poblaciones sino recuerdos de escenas dolorosas consignados casi todos en las páginas de esta obra? Motril, visto desde la vertiente meridional del Puerto, presenta todavía una hermosa perspectiva: vese en el fondo el mar teñido tal vez de púrpura por las nubes sobre él formadas, al pié del mar una vega en que crece el algodón y la caña de azúcar, en medio de la vega la ciudad, puesta al rededor de un cerro en cuya cumbre hay el templo de la Virgen de la Cabeza. Bájase á ella por una cuesta cercada de pitas y nopales; y no bien se penetra en una de sus calles, cuando se respira ya esa alegría que se siente al ver las enlucidas casas de todos los puertos de la Península. Es Motril una ciudad pequeña, pero de buenas calles y mejores plazas: tiene una iglesia de tres naves en que asoma aún el arco ojivo, un convento de bella ensambladura por debajo del cual pasa una acequia que corre á fecundar la vega; una ermita construída, según tradición, por la reina Doña

Juana, en cuya sacristía se conserva la piel de una serpiente enorme, terror en otros tiempos de la comarca. Descúbrense desde el montecillo en que está situada esta ermita vistas pintorescas, marinas risueñas, cuadros bellísimos en cuyo fondo se descubre no pocas veces el castillo y la ciudad de Salobreña donde están vinculados los recuerdos de tantos héroes; pero nada presentan ni la ermita ni los demás monumentos que pueda figurar en las páginas del álbum de un artista.

Bellezas monumentales no las hay ya ni en Motril, ni en Almuñécar, ni en el mismo Vevecillos, sentado en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan los restos de un castillo pentagonal más notable por su severidad, su solidez y las peñas que le sirven de cimiento, que por la buena proporción y gallardía de sus formas; no hay en toda esta provincia sino bellezas naturales, hijas de las misteriosas armonías que brotan á cada paso de la superficie general del mundo, bellezas dignas también de atención para el que sepa sentir en medio de los grandes espectáculos, en el fondo de los valles, en el seno de los montes, á las orillas de los ríos, al pié de los torrentes. No bien se sale de Vevecillos en dirección á la Alpujarra, se da con inmensos olivares al través de cuyo oscuro ramaje se descubre á derecha é izquierda campos de maíz y árboles que se inclinan bajo el peso de sazonadas frutas; déjase atrás los olivares, y se entra en las solitarias márgenes del Orgiva, cuyas aguas se deslizan mansamente entre juncos, adelfas, cachombas y ligeras cañas; álzase á un lado los majestuosos montes de la Sierra de Lujar, cubiertos por el roble y el agreste pino; bajan por el otro con estrépito los torrentes de Ifo, que braman como llenos de cólera al pasar oprimidos entre dos altísimos cerros cuyas cumbres une un sencillo puente de madera; vese más allá algunas cuevas de estaláctitas parecidas á la más delicada filigrana; descúbrense por fin la vega de Orgiva, la falda de la sierra de que fué cabeza, las anchas riberas del río Sucio; y al paso que corren los ojos de uno en otro objeto, vuela la imaginación, cruza los es-